



PIERRE
ROSANVALLON
LA SOCIEDAD
DE IGUALES

MANANTIAL

La consolidación del Estado social-redistributivo

A fines del siglo XIX, el reformismo social-redistributivo había constituido una alternativa al impulso nacional-proteccionista que había surgido frente a la primera globalización. Pero en el período entre las dos guerras encontrará nuevos competidores en su camino. Si la guerra de 1914-1918 provocó un impacto que abrió nuevas posibilidades en materia de solidaridad, también acarrió una radicalización inédita de la crítica del mundo liberal-capitalista, que los regímenes totalitarios pretenderán encarnar. La Revolución de Octubre dio carnadura primero a la utopía comunista, abriendo la vía a una visión más audaz del ideal igualitario. Alemania e Italia, por su parte, también pretenderán reinterpretar la ambición socialista. El fascismo y sobre todo el nacionalsocialismo pondrán el continente europeo al rojo vivo, atrayendo y seduciendo a numerosas mentalidades. Van a volver a instalar en el orden del día, exacerbándolo, el proyecto de una igualdad concebida como identidad y homogeneidad del pueblo.

LA TENTACIÓN RESURGENTE DE LA HOMOGENEIDAD

El régimen nazi condujo a las formas más monstruosas del nacionalismo racista, de las que el antisemitismo estatal constituye la más terrible de las ilustraciones. Pero no se trató solamente de un deslizamiento en el horror y lo irracional: fue en nombre de una concepción pervertida pero precisamente teorizada de la igualdad como el régimen nacionalsocialista legitimó su acción. Los conceptos claves que unieron su filosofía política y su teoría social fueron los de

identidad y de *homogeneidad*. En términos políticos, la idea de un pueblo soberano homogéneo pretendía romper tanto con la visión aritmética e individualista subyacente a la idea de poder mayoritario como con los ideales deliberativos del parlamentarismo liberal. Para Carl Schmitt, que teorizará la cuestión, la democracia debía definirse como expresión y valorización de una identidad colectiva. “La igualdad democrática –escribía– es esencialmente homogeneidad. La homogeneidad de un pueblo.”¹ Éste será uno de los grandes temas de su obra. En varias oportunidades hablará de una “democracia que descansa en una igualdad y una homogeneidad sustanciales”.² Por consiguiente, su ideal era lógicamente el de la búsqueda de una expresión unánime, de la manifestación de un pueblo uno. De ahí surge, en él, la valorización de la aclamación ligada a la figura de un pueblo reunido, que se expresa con una misma voz, en oposición a un procedimiento fundado en el recuento de las expresiones individualizadas en la cabina electoral. “La fuerza política de una democracia –escribía como consecuencia de estos puntos de vista– se manifiesta en su capacidad de apartar o de mantener alejado al extranjero y al no-semejante, al que amenaza la homogeneidad.”³ Al representar un mundo necesariamente escindido entre amigos y enemigos, invitaba por lo tanto a concebir la igualdad como un principio de absorción de los hombres y las mujeres en una masa unida e indistinta. Los nazis seguirán al pie de la letra este imperativo, radicalizándolo al extremo.

La homogeneidad-igualdad de la que habla Schmitt, en consecuencia, no resultaba de un consenso según una confrontación o de un acuerdo negociado sobre reglas de justicia. Era únicamente de orden sustancial. “El nacionalsocialismo –dirá de manera aprobadora– cuida cada sustancia verdadera del pueblo allí don-

1. Carl Schmitt, *Théorie de la Constitution* (1928), trad. francesa de Lilyane Deroche, París, PUF, 1993, p. 371. Observemos que igualdad se dice en él *Gleichheit*, y homogeneidad *Gleichartigkeit*. Las dos nociones, por lo tanto, están completamente asociadas [trad. cast.: *Teoría de la constitución*, trad. de Francisco Ayala, Madrid, Alianza Editorial, 2009].

2. Otra formulación que se encuentra en *Parlementarisme et démocratie* (1923), trad. francesa de Jean-Louis Schlegel, París, Seuil, 1988, p. 108.

3. *Ibid.*

de la encuentra, en el espacio natural, la raza (*Stamm*) o el estado (*Stand*).⁴ La urgencia, también escribirá, es pensar la “cuestión de la sustancia de la igualdad democrática”.⁵ La perspectiva antisemita, con su locura exterminadora, constituyó el motor activo de esta percepción sustancial, llevándola a su última definición. La referencia a la raza la condujo a sustituir la idea de igualdad natural por la de *homogeneidad natural*, haciendo al mismo tiempo de la expulsión de una parte de los hombres fuera de la humanidad la condición de producción de la igualdad (mientras que la visión democrática de la igualdad, a la inversa, había consistido en incluir en una misma humanidad a aquellos que estaban excluidos de ella). El vuelco de lo social en lo racial se incubaba desde fines del siglo XIX, y ya había encontrado su primera expresión en ciertas representaciones del enemigo en 1914-1918.⁶ Pero sólo con el nazismo se efectuará plenamente.

Por eso, la homogeneidad comprendida de esta manera estaba en las antipodas de la igualdad democrática definida como redistribución y relación que se debe construir entre ciudadanos. En efecto, ella descansaba en la presuposición de un trabajo ya realizado, y también posiblemente consolidado en el tiempo. Era fundamentalmente antipolítica, puesto que suponía resuelta la cuestión de la institución de lo social. Por esta razón la caída del nazismo, en 1945, no fue solamente la de un régimen. Ella rubricó la descalificación histórica de una perversión radical de la igualdad como identidad excluyente para reforzar el proyecto de una igualdad-redistribución inclusiva como elemento central del espíritu democrático.

AÑO 1945, EL PUNTO CULMINANTE

El año 1945 marcará un punto culminante en la consagración de la igualdad-redistribución. En primer lugar, la victoria sobre el

4. Carl Schmitt, *État, mouvement, peuple* (1933), trad. francesa de Agnès Pilleul, París, Kimé, 1997, p. 48. “Sin el principio de la identidad racial –insistirá– el Estado nacionalsocialista no podría existir y no se podría pensar su vida jurídica” (*ibid.*, p. 59).

5. *Id.*, *Théorie de la Constitution*, *op. cit.*, p. 391.

6. Véase Juliette Courmont, *L'Odeur de l'ennemi, 1914-1918*, París, Armand Colin, 2010.

nazismo apartó el espectro de una homogeneidad de exclusión. El esfuerzo de guerra y el reparto de los sacrificios, una vez más, indujo sobre todo un sentido reforzado de la solidaridad. En este contexto la expresión “seguridad social” se impuso rápidamente. Desde el 14 de agosto de 1941, la Carta del Atlántico ostentaba el objetivo de “garantizar a todos mejores condiciones de trabajo, la prosperidad económica y la seguridad social”, mientras que, en su mensaje al Congreso del 6 de enero de 1941, Franklin D. Roosevelt ya había hecho de la “abolición de la miseria” una de las cuatro libertades que era necesario rescatar. Tres años más tarde, en mayo de 1944, la Conferencia Internacional del Trabajo que se había celebrado en Filadelfia también había deseado fervientemente la instalación de una seguridad social protectora que incluyese el derecho a un ingreso básico, considerando sobre todo que la pobreza constituía un “peligro para la prosperidad de todos” y que convenía garantizar la “igualdad de oportunidades en el campo educativo y profesional”. Al mismo tiempo, el capitalismo era severamente criticado. Henry Morgenthau, secretario de Estado norteamericano en el Tesoro, por ejemplo, había advertido en la Conferencia de Bretton Woods que los gobiernos no podrían ya contentarse con proteger a los pueblos de sus efectos negativos.⁷ En Francia, los documentos surgidos del Consejo Nacional de la Resistencia habían subrayado la necesidad de reformas radicales de estructura. Sobre este punto, el acuerdo era muy amplio, mucho más allá de los círculos de la izquierda. El Movimiento Republicano Popular (MRP), nutrido de catolicismo social, hablaba en su Manifiesto de 1944 de establecer una economía dirigida por un Estado “liberado del poder de aquellos que poseen las riquezas”. En Alemania y en Italia, los demócratas cristianos estigmatizaban de forma semejante el capitalismo. Hecho significativo del período, ningún partido liberal partidario de la economía de mercado logrará tomar en Europa la jefatura de una coalición gubernamental entre 1945 y 1950.

Las reformas de la inmediata posguerra estarán impregnadas de este espíritu. Desde 1942, el informe *Social Insurance and Allied Services* de William Beveridge había dado el tono. Al formular el programa de una liberación de la necesidad como “objetivo practicable de posguerra”, había invitado a su país a preparar la paz

7. Véase John Ikenberry, “Workers and the World Economy”, *Foreign Affairs*, mayo-junio de 1996.

cuando la batalla causaba estragos.⁸ “Cada ciudadano –escribía– estará tanto más dispuesto a consagrarse al esfuerzo de guerra en la medida en que sienta que su gobierno lleva a cabo planes para un mundo mejor.”⁹ La “Nueva Gran Bretaña”, cuyos contornos dibujaba, debía así naturalmente derivar de los sacrificios compartidos y de las pruebas vividas en común.¹⁰ Sobre el fondo, protección contra los riesgos sociales y redistribución de los ingresos eran percibidos en él como los dos aspectos complementarios de las acciones que se debían realizar. Y al mismo tiempo erigía la reducción de las desigualdades como eje central de la política económica que tanto anhelaba. Todos los británicos, ricos o pobres, son iguales ante las bombas alemanas, decía con muchos otros, llamando a sus conciudadanos a sacar todas las consecuencias de esta solidaridad forzada. La verdadera revolución social cuyos principios había formulado no hacía así sino prolongar y traducir el “espíritu de Dunkerque”.¹¹

Las cosas serán percibidas en términos muy cercanos en Francia. El informante del proyecto de institución de un sistema de seguridad social también había hablado de una contrapartida necesaria del coraje y de la abnegación manifestados en la lucha contra el ocupante. Para él, el espíritu de fraternidad de la Resistencia debía traducirse en una “redistribución del ingreso nacional, destinado a retener sobre el ingreso de los individuos acomodados las sumas necesarias para completar los recursos de los trabajadores o de las familias desfavorecidas”.¹² El término “revolución necesaria”, por

8. Véase el capítulo “Abolition of want as a practicable post-war aim” de su informe *Social Insurance and Allied Services*, Londres, 1942, pp. 164-170.

9. *Ibid.*, p. 171.

10. Véase William Beveridge, “A new spirit for total war” y “New Britain”, en *The Pillars of Security and Others War-Time Essays and Adresses*, Londres, Allen & Unwin, 1943.

11. Desde el verano de 1940 se había hablado en Gran Bretaña del “espíritu de Dunkerque” para calificar el tipo de solidaridad inédita creada por la guerra (en referencia a la acción de los miles de hombres que habían atravesado con heroísmo la Mancha para ayudar a la evacuación de los 300.000 soldados británicos atrapados por las tropas alemanas en las playas francesas).

12. *Journal officiel. Débats de l'Assemblée consultative provisoire*, sesión del 31 de julio de 1945, p. 1674.

otra parte, se encontraba bajo numerosas plumas.¹³ Pero en ese momento los franceses en modo alguno tenían la sensación de estar llevando a cabo una obra original. “Todos los países del mundo, en el impulso de fraternidad y de acercamiento de las clases que marca el fin de la guerra –decía Alexandre Parodi, el ministro de Trabajo de la inmediata posguerra– se esfuerzan por instituir en provecho de los trabajadores y hasta en ocasiones del conjunto de su población un sistema de seguridad social.”¹⁴ Las instituciones que se establecerán entre las décadas de 1950 y 1970 no harán sino desarrollar y perfeccionar ese “espíritu de 1945” y las instituciones que le estuvieron ligadas.

Además, en 1945, al igual que en 1918, un nuevo miedo a las revoluciones hacía su obra.¹⁵ Pero el sentido agudo de que había que honrar una deuda social contraída en las duras experiencias comunes no dejó de constituir el motor esencial de la revolución de la redistribución que se operó entonces en los países democráticos, en Europa en primer lugar. Fue en Gran Bretaña donde la prolongación del *ethos* igualitario del tiempo de guerra fue la más duradera. Los laboristas en el poder de 1945 a 1951, bajo la tutela de Clement Attlee, se habían identificado con esta ambición. Las tasas muy elevadas de la imposición fiscal, tal como habían sido establecidas en 1941 y 1942, fueron allí mantenidas,¹⁶ y las reformas introducidas por el plan Beveridge acarrearón un cambio radical en la condición obrera. El nivel de vida de las masas en adelante no dependía solamente de la remuneración de su trabajo, sino que también se ligaba con el “ingreso social que percibían como ciuda-

13. Véase, de manera emblemática, el artículo programático de Pierre Laroque, el Beveridge francés, “Le Plan français de Sécurité sociale”, *Revue française du travail*, n° 1, 1946.

14. *Journal officiel. Documents de l'Assemblée consultative provisoire*, sesión del 5 de julio de 1945, Anexo n° 507, p. 665.

15. La victoria simultánea de la Unión Soviética y de los Aliados planteaba la cuestión, como la constitución de un bloque comunista en Europa del Este. Al mismo tiempo, los éxitos electorales de los partidos comunistas en Francia o en Italia tenían un peso importante.

16. Véase Richard Whiting, *The Labor Party and Taxation: Party Identity and Social Purpose in Twentieth-Century Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

danos” a través de los mecanismos del nuevo Estado providencia.¹⁷ En cuanto a las propias desigualdades primarias, fueron considerablemente reducidas en el espacio de un decenio. Luego de impuestos, el poder adquisitivo de los salarios aumentará un 25% entre 1938 y 1948, mientras que el de las ganancias disminuía un 37%.¹⁸ En el mismo período, la imposición fiscal *media* sobre los ingresos superiores a 10.000 libras (8.000 personas involucradas) pasó de 43% a 76%; al mismo tiempo, no había ya más que 70 personas que dispusieran en 1948 de un ingreso personal después de impuestos superior a 6.000 libras, ¡contra 7.000 en 1938!¹⁹

Una evolución similar se produjo en los países escandinavos y, aunque menos marcada, en Francia y Alemania. En todos los casos, el impuesto se convirtió durante este período en el instrumento determinante de las políticas económicas y sociales.²⁰ Más allá del espíritu de 1945, el poderoso ascenso electoral de los partidos de izquierda finalmente desempeñó bien su papel en esta evolución, ya sea que se hallasen en situación de estar directamente en el poder (como en Gran Bretaña, Suecia y Noruega), o simplemente de estar asociados con ellos. Juntamente con los sindicatos, en todos los casos serán como mínimo capaces de ejercer una fuerte presión sobre los gobiernos en los treinta años que seguirán a la guerra. Este cambio social por el impuesto y el Estado redistribuidor,²¹ además, no se separó evidentemente durante estos años de la fuerte tasa de crecimiento en el continente europeo, que desempeñó un papel permanente de “lubricante social”.

¿UN COMUNISMO ELEMENTAL?

El movimiento de reducción de las desigualdades que se operó hasta la década de 1970, con el desarrollo de las formas de redistribución

17. Richard Henry Tawney, *Equality*, 4ª ed., Londres, Allen & Unwin, 1952, pp. 143-144.

18. *Ibid.*, p. 213.

19. *Ibid.*, p. 214.

20. Véase Sven Steinmo, “The evolution of policy ideas: tax policy in the 20th century”, *British Journal of Politics and International Relations*, vol. 5, n° 2, mayo de 2003.

21. Véase Richard M. Titmuss, *Income Distribution and Social Change*, Londres, Allen & Unwin, 1962.

por el Estado providencia que le estuvo ligado, se arraigó de este modo en una visión de la economía y de la sociedad bastante compartido, más allá de tan sólo los círculos de la izquierda intelectual o política. En consecuencia, es comprensible que las teorías de cierta convergencia entre socialismo y capitalismo hayan sido formuladas en este contexto de las décadas de 1950 y 1960, en plumas como las de Raymond Aron o Peter Drucker, para no citar más que a ellos. Convergencia que se describía como operándose en el modo de una conversión del capitalismo a la planificación y no del socialismo a la economía de mercado. Tawney llegará incluso a reivindicar la expresión “comunismo elemental”²² (*rudimentary communism*) para calificar este estado de ánimo y estas realizaciones. La fórmula puede parecer incongruente o excesiva. Pero ciertamente habría podido ser utilizada a mediados del siglo XIX por Disraeli o por Thiers, al igual que por Marx, si el mundo de 1945 les hubiese sido descrito. Lo que realmente significaba que entonces se había vuelto de manera radical la página de ese siglo y despedido el tipo de liberalismo que lo había estructurado.

La obra emblemática que mejor restituyó el tono de la época que sigue al fin de la Segunda Guerra Mundial, *La gran transformación*, de Karl Polanyi, estará significativamente compuesta como un vasto fresco que describía el espectacular ascenso y luego la inexorable decadencia de esta idea de mercado. “La debilidad congénita de la sociedad del siglo XIX –concluía– no viene de que era industrial, sino de que era una sociedad de mercado. La civilización industrial seguirá existiendo cuando la experiencia utópica de un mercado autorregulador no sea más que un recuerdo.”²³ Esta visión se corporizaba entonces con el desarrollo de las instituciones de seguridad social y las políticas de reducción de las desigualdades.

LA EMPRESA COMO ORGANIZACIÓN

La historia del Estado providencia fue indisociable del predominio de las ideas keynesianas en macroeconomía, con el acento pues-

22. R. H. Tawney, *Equality*, op. cit., p. 144.

23. Karl Polanyi, *La Grande Transformation* (1944), trad. francesa de Catherine Malamoud y Maurice Angeno, París, Gallimard, 1983, pp. 321-322 [trad. cast.: *La gran transformación*, trad. de Eduardo Suárez, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

to en la demanda que ellas implicaban. Redistribuir era contribuir al crecimiento. Pero lo que progresivamente se impuso es también otro abordaje, “posliberal”, de la empresa. Autores como Andrew Shonfield, John Kenneth Galbraith o Peter Drucker expresaron claramente la nueva mirada que se daba sobre ella en la década de 1960, en el momento en que el modelo social-redistributivo estaba en su apogeo. Por lo tanto, se los puede tomar como guías.

En *Le Capitalisme d'aujourd'hui* (1965), luego de una amplia investigación llevada a cabo en Norteamérica y en Europa, el primero describía a la gran empresa privada moderna como una organización que “se considera como una institución permanente, investida de funciones que superan la realización de la ganancia máxima, y hasta en ocasiones incompatibles con ella”, tendiendo su estilo “cada vez más a evocar el comportamiento de ciertas instituciones públicas”.²⁴ Aunque la competencia no haya desaparecido, este tipo de gran empresa, estimaba, había emergido gracias a su capacidad, debida a su gran tamaño, de “dominar el mercado”, es decir, de no estar ya sometida a los movimientos desorganizadores de corto plazo. Yendo todavía más lejos, estos autores convergían para considerar que el tiempo de la economía de mercado, en adelante, había pasado. “El sistema industrial moderno –decía Galbraith– ya no es esencialmente el de la economía de mercado. Está planificado en parte por las grandes empresas y en parte por el Estado moderno. Debe ser planificado, ya que la tecnología y la organización modernas no pueden desarrollarse favorablemente sino en un marco de estabilidad, condición que el mercado no puede satisfacer.”²⁵ Así, para él, las empresas modernas se habían vuelto organizaciones relativamente autónomas. Gracias a su elevada tasa de autofinanciamiento, recurrían poco al mercado bursátil y globalmente habían logrado liberarse del poder de los accionis-

24. Andrew Shonfield, *Le Capitalisme d'aujourd'hui*, trad. francesa de Bernard Cazes y Gérard Gefen, París, Gallimard, 1967, p. 389. “El concepto de maximización de las ganancias carece de sentido”, escribía por su parte Peter Drucker (*Management: Tasks, Responsibilities, Practices*, Nueva York, Harper & Row, 1974, p. 59).

25. John Kenneth Galbraith, “Le nouvel État industriel, présentation, critiques et conséquences”, *Revue économique et sociale de Lausanne*, agosto de 1969 (retomado en *Problèmes économiques*, 15 de enero de 1970, p. 14).

tas, contentándose estos últimos con percibir las “ganancias razonables” que se les pagaba. “La situación de los accionistas, que los teóricos del liberalismo a veces presentan como un parlamento que dicta a los ministros lo que deben hacer, de hecho es mucho más comparable con un ejército disciplinado al que la ley autoriza a sublevarse contra sus generales si, y solamente si, las raciones llegan a faltar”, escribía Shonfield.²⁶ Como no es mucho el crédito que demandan, no están casi sometidas al poder de los bancos. Galbraith hará la misma comprobación, y múltiples trabajos de la época validarán esta apreciación sobre el debilitamiento del poder del accionista en la empresa capitalista de la década de 1960.²⁷ Gracias a su dimensión o a su monopolio técnico sobre ciertas fabricaciones, las empresas –estimaban estos autores– finalmente podían manejar los precios.

El carácter privado de estas grandes empresas estaba incluso paradójicamente comprendido como un factor suplementario que garantizaba su autonomía. Puesto que estaban teórica y legalmente sometidas al control de los accionistas, ningún otro poder, en efecto, podía tener la pretensión de imponer legalmente el suyo. Así, eran independientes del Estado, del mercado y de los accionistas. Además, su complejidad estaba considerada como un garante adicional de su independencia. Ninguna persona exterior podía poseer suficiente información y pericia para contradecir las decisiones y las elecciones de estos gigantes, explicaba Galbraith. El hecho de ser gobernados por un núcleo de directivos especializados, que coordinan un ejército de expertos de todo tipo, a los que dará el nombre que se hizo famoso de *tecnoestructura*, terminaba por hacer de tales empresas verdaderas organizaciones independientes. “Al quitar las decisiones a los individuos y localizarlas en las profundidades de la tecnoestructura, la tecnología y la planificación las sustrae a la influencia de los elementos exteriores”, resumía.²⁸ Preservadas de

26. A. Shonfield, *Le Capitalisme d'aujourd'hui*, op. cit., p. 390.

27. Véase otro clásico de la época, Edward S. Mason (dir.), *The Corporation in Modern Society*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1960.

28. John Kenneth Galbraith, *Le Nouvel État industriel* (1967), trad. francesa de Jean-Louis Crémieux-Brilhac y Maurice Le Nan, París, Gallimard, 1968, p. 91 [trad. cast.: *El nuevo Estado industrial*, trad. de Manuel Sacristán Luzón, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1986].

las injerencias de esta naturaleza, las empresas eran paralelamente descritas como organizaciones anónimas en cuyo seno el poder era de esencia colectiva, por lo tanto independiente de toda dirección propiamente individual.

“En la gran empresa moderna –resumía Galbraith–, el poder ha pasado, de manera inevitable e irrevocable, del individuo al grupo: ya que el grupo es el único que posee las informaciones necesarias para la decisión.”²⁹ La comprobación se hallaba en el corazón de su descripción de lo que así conviene llamar una *desindividualización* del poder, al mismo tiempo que una socialización de la responsabilidad.³⁰ Esta transferencia del poder a las organizaciones tenía varias implicaciones para el autor de *El nuevo Estado industrial*. Ante todo, traducía la borradura de la figura schumpeteriana del empresario: “El empresario ya no existe en cuanto persona individual en la firma industrial evolucionada”.³¹ La tecnoestructura, verdadero cerebro colectivo, lo había reemplazado. El advenimiento de este poder impersonal también traducía el hecho de que el éxito de la empresa dependía más de la calidad de su organización y de la pertinencia de sus procedimientos de gestión que de las capacidades excepcionales de tal o cual persona en particular. Por lo tanto, podía ser totalmente competitiva no utilizando más que gente perfectamente ordinaria. Aquí también vale la pena citarlo, a tal extremo el punto es crucial. “El verdadero éxito –sostenía– consiste en tomar a hombres comunes, informarlos minuciosamente, y luego, mediante una organización apropiada, hacer de modo que sus conocimientos se combinen con los de otros hombres especializados, pero igualmente comunes. Esto dispensa de la necesidad de genios. El resultado es menos descollante, pero mucho más previsible.”³² Por ello, la noción misma de talento descendía de su pedestal. Drucker decía exactamente la misma cosa en esa época.³³

29. *Ibid.*, p. 108.

30. P. Drucker había sentido esta evolución desde la década de 1940. En *The Future of Industrial Man* (Nueva York, John Day, 1942) observaba: “En el seno de la empresa moderna, el poder de decisión, el de los directivos, no depende de nadie. Es un poder literalmente sin fundamento, injustificado, incontrolado e irresponsable”.

31. J. K. Galbraith, *Le Nouvel État industriel*, op. cit., p. 82.

32. *Ibid.*, p. 73.

33. Él escribía que “el objetivo de una organización es hacer que

A la manera de ver de Galbraith, esto tenía por consecuencia minimizar el rol del CEO. Para él, se había convertido en un simple engranaje entre otros de la organización. La prueba de esta condición la constituía el hecho de que era perfectamente intercambiable: “La jubilación, la muerte y el reemplazo de un capitán de industria, por importante que fuere, no tienen el menor efecto sobre la General Motors o la Continental Can”.³⁴ El director general de una gran sociedad, por lo tanto, era naturalmente olvidado una vez que partía, y “delante de él no tenía más que la oscuridad del Estigia”. Los dirigentes, como el resto de los asalariados, se habían convertido en “hombres de la organización”. No eran más que sus servidores. Es la organización la que disponía del prestigio, y no sus miembros. “La gran firma moderna –comprobaba Galbraith– dispone de un prestigio que incita y alienta al individuo a aceptar sus objetivos en vez de los suyos propios.”³⁵

La socialización de la responsabilidad y de la productividad que resultaba de este tipo de organización, a la manera de ver de Galbraith, tenía como consecuencia el desplazamiento de la cuestión social. La eficacia productiva de este sistema implicaba mecánicamente una redistribución y una disminución de las desigualdades, y la mejoría de la suerte de cada individuo quedaba indexada sobre resultados considerados colectivos.³⁶ Nadie podía tener la pretensión de poseer derechos personales para acapararlos. Ciertamente, los directivos estaban mejor remunerados, pero solamente en el marco de una jerarquía funcional de las capacidades (para ilustrar la situación, recordemos que en la misma época Peter Drucker estimaba que la jerarquía salarial debía limitarse a una brecha de 1 a 20). En el momento en que Galbraith escribía, por otra parte, los directivos no recibían acciones y podía estimar que su nivel de salario

gente ordinaria sea capaz de realizar cosas extraordinarias” (*Management: Tasks, Responsibilities, Practices, op. cit.*, p. 455).

34. J. K. Galbraith, *Le Nouvel État industriel, op. cit.*, p. 105.

35. *Ibid.*, p. 162. “La identificación tiene un gran porvenir en el marco de la tecnestructura”, concluía (*ibid.*, p. 163).

36. Este tema es desarrollado por Galbraith desde su obra precedente, *L'Ère de l'opulence* (1958), trad. francesa de Andrée R. Picard, París, Calmann-Lévy, 1961 (véase en particular p. 97) [trad. cast.: *La sociedad opulenta*, trad. de Carlos Grau Petit, Barcelona, Editorial Ariel, 1963].

“no era extraordinariamente elevado”.³⁷ Él veía incluso esbozarse un porvenir en el cual la realización de los beneficios por la empresa se convertiría en un objetivo meramente mecánico, casi técnico, y en consecuencia separado de los intereses propios de los directivos. De tal modo, el reino de las organizaciones se unía para él a una casi mutación psicológica de los individuos, “separándose del yo” la voluntad de hacer beneficios entre los directivos.³⁸

Galbraith o Drucker no tenían nada de originales cuando describían esta evolución de la empresa. Incluso si la línea divisoria entre lo que era del orden de la comprobación y lo que dependía de una especulación sobre la evolución venidera no siempre estaba claramente trazada en ellos, expresaban una visión de las cosas ampliamente compartida en el conjunto del mundo industrial. El *ethos* igualitario del período era indisociable de esta representación de un mundo fundamentalmente socializado.

37. J. K. Galbraith, *Le Nouvel État industriel, op. cit.*, p. 125.

38. *Ibid.*, p. 127.